

REFLEXIONES DE SAN JUAN DE ÁVILA PARA PEDIR EL ESPÍRITU SANTO

En los Hechos de los Apóstoles se nos narra lo que vivieron los apóstoles justo después de presenciar la Ascensión de Jesucristo al cielo: “desde el llamado monte de los Olivos, los apóstoles regresaron a Jerusalén (...) Todos ellos, junto con algunas mujeres, y con María la madre de Jesús y los hermanos, perseveraban en la oración”. (Hch 1,12). Vemos que antes de recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, los discípulos perseveraban en la oración con María, y ésta fue la mejor preparación para recibir al Paráclito. Por eso ofrecemos una selección de textos de San Juan de Ávila, que nos sirvan para meditar en nuestra oración personal diaria, y prepararnos así para recibir una vez más al Espíritu Consolador.

1. “Lo primero que conviene para que el Espíritu Santo venga a nuestras almas, es que **sintamos gran necesidad de Él y que creamos que puede hacer mucho bien en nuestros corazones**. Por desconsolada que esté el alma, basta Él para consolarla; por pobre que esté, para enriquecerla; por tibia que esté, para encenderla; por indevota que esté, para inflamarla en ardentísima devoción.

2. Lo segundo, conviene mucho para que el Espíritu Santo tenga por bien de venir a nuestros corazones, y es **tener deseo de recibirle y que sea nuestro convidado**, un cuidado muy grande, un deseo muy firme y ansioso. ¡Oh si viniese el Espíritu Santo! ¡Oh si viniese aquel consolador a visitar y consolar mi alma! Porque aquella merced cuadra bien, que antes que venga es bien deseada; y el manjar que por sí es bueno, es mal empleado en quien no tiene gana de comer. No vendrá el Espíritu Santo a ti si no tienes hambre de Él, si no tienes deseo de Él. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que si tienes deseos de Dios, presto vendrá a ti. No te canses de desearlo, que, aunque te parezca que lo esperas y no viene y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará.

3. Hermano, **ten confianza en Él**. Porque debes, hermano mío, asentar en tu corazón que, si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aún no tienes el deseo que conviene para recibir tal Huésped. Y si no viene, no es porque no quiere venir, no es porque lo tiene olvidado, sino para que perseveres en el deseo, y perseverando hacerte capaz de Él, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico que nadie lo llama que se salga vacío de su consolación. ¡Y cómo dice esto el real profeta David! El deseo de los pobres no lo menospreció Dios, LO oyó el Señor. (Sal 21,25) ¿Quién es pobre? Pobre es aquél que desconfía de sí mismo y confía sólo en Dios; pobre es aquel que desconfía de su parecer propio y fuerzas, de su hacienda, de su saber, de su poder; aquel es pobre que conoce su bajeza, su gran poquedad; que conoce ser un gusano, una podredumbre, y pone juntamente con esto su arrimo en sólo Dios y confía que es tanta Su Misericordia, que no le dejará vacío de su consolación. Los deseos de estos tales oye Dios.” (...)

4. “¿En qué estamos? ¿Qué es menester para que el Espíritu Santo venga a nuestras almas? No sólo lo hemos de desear, **hemos de aderezar la casa limpia**. Y esto hacéis cuando os ha de venir un huésped a vuestra casa, ¿cuánta más razón es que esté vuestra alma limpia, que no tengáis malos pensamientos, ni malas palabras, ni malas obras, y que estéis adornados de las virtudes, porque el huésped que esperáis es limpiísimo en gran manera?

5. Mirad, más es menester que llamar al Espíritu Santo, más es menester que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida. Habéis de **echar mano a la bolsa**, no os ha de doler el gastar mucho, habéis de ser largo y muy liberal. Cuando tenéis un huésped, no os duele comprar sólo lo que a él basta, pero aún compráis para que le sobre; así es menester, hermano... Echad mano a la bolsa, y no deis poquedades, dad de comer al hambriento, vestid al huérfano y a la viuda, haced oficio de padre con todos los necesitados.”

(Del sermón 27 de San Juan de Ávila sobre el Espíritu Santo).

NUESTRA DISPOSICIÓN PARA RECIBIR LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Autor: P. Nicolás Schwizer

1. Una primera disposición: Deberíamos despertar más aún en nuestros corazones el anhelo por el Espíritu Santo y sus dones. Es el mismo anhelo que tenían los apóstoles y la Santísima Virgen cuando estaban reunidos en el cenáculo esperando el Espíritu Santo prometido. Es la súplica: ¡Ven, Espíritu Santo! Te esperamos con ansias, porque somos tan débiles, porque necesitamos tu poder transformador. Deberíamos despertar profundos afectos de ansias para que Él tome en sus manos nuestra educación, nuestra transformación en auténticos hijos de Dios, en hombres sencillos con alma de niño. Por eso, tenemos que llegar a ser hombres y mujeres del anhelo por el Espíritu de Dios.

2 Una segunda disposición: Debemos esforzarnos más por estar en silencio, por estar solos y tranquilos interiormente. Se trata de un recogimiento y una soledad llena de Dios. Las fuerzas del alma deben estar concentradas no en nosotros sino en Dios. Solamente así podremos escuchar lo que el Espíritu Santo nos sopla. Si a nuestro alrededor y, sobre todo, si en nuestro interior hay tanto ruido, tantas voces ajenas, tanto espíritu mundano, entonces no podremos escuchar al E. Santo. Y si no lo escuchamos, tampoco sabremos lo que Él desea y nos sugiere. Y así nunca vamos a darnos cuenta de su presencia en nuestra alma ni vamos a creer en su actuación e influencia en nuestra vida.

3 Otra disposición es la oración humilde. Dice el Padre Kentenich, fundador del Movimiento Apostólico de Schoenstatt: "Me parece que ha llegado el momento en que hemos de juntar las manos y orar. Necesitamos mucho más de oración que de ejercicios. Por supuesto, eso no quiere decir que debemos dejar de practicar la filialidad. Pero sabiendo que sólo poseemos las velas y que es el Espíritu Santo quien debe henchirlas, nos sentimos en dependencia total frente a Dios. Debemos cultivar, entonces, el heroísmo de la oración humilde". Hemos de ser maestros de la oración y de la humildad.

4. Una última disposición que atrae al Espíritu Santo, es el espíritu mariano. Sabemos que María, el día de Pentecostés, se encontró en medio de los apóstoles. Y no dudamos de que sobre todo por su poderosa súplica maternal el Espíritu Divino vino sobre cada uno de ellos. Y así también nosotros hemos de unirnos a ella en la espera del Espíritu Santo.

Habremos escuchado ya alguna vez las palabras de San Grignon de Montfort, la que el Padre Fundador repetía tantas veces: El Espíritu Santo quisiera encontrar en las almas a la Santísima Virgen, quisiera encontrar actitud y espíritu marianos, quisiera encontrar un amor profundo hacia ella. Y cuando Él descubre en un alma a María, entonces no le queda más remedio que penetrar en esta alma con sus dones y obrar milagros de transformación.

¿Y la causa de esto? Como en la Encarnación el Espíritu Santo y la Virgen colaboraron para que naciera Jesús, así el Espíritu de Dios quiere también hoy en día cooperar con María, para que Cristo, el Hijo del Padre, nazca y viva en cada alma.

Por eso, no es casualidad que el Padre Kentenich nos invita a ampliar nuestra Alianza de Amor sellando esa misma Alianza de Amor también con el Espíritu Santo. Entonces, Él nos dará sus dones, el don de la sabiduría, para que todos podamos conquistar el espíritu de la filialidad.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Tengo momentos de silencio durante el día?
2. ¿Me considero una persona mariana?
3. ¿Pensé alguna vez en la Alianza con el Espíritu Santo?